

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os gustan los espectáculos solamente visuales? Por ejemplo, los cinematógrafos?

De su incremento y difusión nadie puede dudar. Hemos llegado al extremo de que haya cinematógrafos (transeúntes, naturalmente) hasta en las más apartadas aldeas, á las cuales, por otra parte, han llegado también los fonógrafos, los gramófonos, las pianolas y los Angelus. Todos los refinamientos, en suma, de la más avanzada civilización moderna.

Y vuelvo á preguntar: ¿os gustan los cinematógrafos? Como no es fácil oír la respuesta, opto por preguntármelo á mí misma...

He aquí que, al definir la impresión que el *cine* me causa, se me ocurre mirarlo desde el punto de vista literario, y establecer ligeras comparaciones con la literatura.

Hay en los *cines* dos elementos. Uno realista, otro de falsedad y ficción. El primero me es simpático; el segundo no puede menos de infundirme cierto desdén, obligándome, sin embargo, á serias reflexiones.

De dos clases son las películas cinematográficas. O reproducen cuadros que da hechos la realidad, ó escenas compuestas artificiosamente, y que las más veces son verdaderas historietas ó cuentos inventados *ad hoc*. También se da el caso de que cuentos ó historietas, ya conocidas, se adapten á la exhibición cinematográfica. Así sucede con las tan celebradas y predilectas de la gente menuda el Ogro, Pulgarcito, Cenicienta, el Gato de las botas, Capucita colorada, la Bella dormida en el bosque y otros infinitos, sea de Perrault, sea de sus imitadores y del fondo folklórico ó popular.

Menos mal entonces. Todo el mundo recuerda su niñez, y en ella brillan con chispazos de magia esas historias morales y aterradoras, que nos desvelaron con delicioso miedo. Lo terrible es la fantasía de los modernos, las historias y anécdotas *discurridas* para libretos, por cada uno de los cuales—según he oído decir—se pagan cien francos... ¡Imagínense ustedes lo que imaginarán los imaginadores! Parten los corazones las cosas que suceden y que presenciamos con escalofrío—es un modo de decir.—Ya es un niño robado de su cuna por una tía Marizápalos, oculto en el zaquizamí de la misma, y á quien un fiel perro de Terranova, guiado por el rastro y supongo que por el arcángel San Rafael, al través de obstáculos y estorbos sin número, vadeando ríos y saltando muros, descubre y recobra y presenta á los padres, que lloran desconolados la pérdida del pedazo de sus entrañas. Ya es una bellísima joven, salvada de la marea alta por los toreros de un faro, de la cual se prendan los dos, y por la cual se dan de puñaladas ó de mordiscos ó no sé de qué, cayendo ambos sobre los escollos y quedando muertos allí mismo, hasta el día del Juicio final. Ya es un padre que, para desembarazarse de un marinero pretendiente de su hija, sierra el palo mayor de una lancha, y después, torturado por el remordimiento, ve alzarse del agitado seno de las olas las figuras acusadoras de sus víctimas, de los que naufragaron por su causa.—Lo cómico corre parejas con lo trágico. Uno de los elementos cómicos favoritos del *cine*, es la subida rauda y veloz por una pared vertical de una serie de automóviles, carros, bicicletas, triciclos, carretillas, coches de punto, caballos, burros, personas, en persecución de cualquier malhechor, ó sencillamente de un aturrido, que les ha tropezado y á quien se proponen detener. Este *truc* debe de ser de los más fáciles, y consistir buenamente en pintar una decoración de pared y extenderla en el suelo. El efecto, sin embargo, es infalible: el público se descalza de risa

ó se pasma de admiración ante el maravilloso caso de que trepen por una casa arriba tantos vehículos y tanta gente... sin despeñarse, como si llevaran sintético en las ruedas y en los zapatos...

La evidente complacencia del público en los cinematógrafos y la acogida que dispensa á estas invenciones literarias, morales y gimnásticas, no deja de sugerir reflexiones desagradables á los que un día y otro estamos pendientes de la misma colectividad. Este monstruo, este público de nuestros afanes, ¡qué fácil y qué difícil es de cautivar; qué benévolo y qué exigente; qué cosas traga y qué cosas repele!

Y es imposible que una concurrencia demuestre mayor satisfacción ante un espectáculo, que demuestra la de los *cines*. Verdad que en ella abundan los niños, y la frescura de sensaciones del niño es un elemento tan precioso! Todo le conmueve; todo le hace palmoear; todo le arranca exclamaciones de alegría ó de miedo. Cuanto más absurdo sea lo que desfila ante sus ojos, más le arrebatada de admiración. Los ¡aaah!, los ¡oooh! de los pequeños, entre la obscuridad, hacen un ruido como de aire en las frondas. Dijérase que se escucha el golpeteo de sus corazoncitos emocionados. ¿Qué saben ellos de si la fábula es ridícula y sensiblera? Para ellos no hay Shakespeare, no hay *Ilíada*, no hay Cervantes; para ellos, el arte no podrá jamás producir obra maestra como la anécdota del perro de Terranova salvando, en su bocaza, á la criatura robada por la hechicera á fin de darle martirio...

Así es que los autores para cinematógrafo, convencidos de que su victoria la asegura la chiquillería, reservan á los niños el lugar más eminente entre sus héroes sentimentales. Un cultivador bretón, martirizado por una gavilla de bandoleros llamados *chouffeurs*, sucumbe á los crueles tormentos; su hijo, niño de unos diez años, juró vengarle—y, en efecto, uno por uno, con precisión matemática, va despachando de un balazo á los siete bandidos, después de persignarse devotamente... Otro niño, menor aún, defiende y salva á su hermanita, rescatándola de manos de otra gavilla que se ha apoderado de ella. Ya es un niño que adivina y denuncia al asesino de su madre; ya es una niña, recogida por unos ricos, acusada por la tunanta de la cocinera de haber robado las joyas de la señora, encarcelada y cuya inocencia se descubre al fin mediante los lances de un incendio... Estos dramas de chicos alborotan á los chicos, les hacen soñar, les vuelven locos... Y al otro día, con lágrimas y pucheros, piden que les vuelvan á llevar al cinematógrafo, donde hay pequeñuelos que son héroes, y nenitas que por milagro no se las merienda un tigre ó no las retuerce el cuello una bruja...

No tiene este espectáculo, según parece, más que dos inconvenientes: el peligro de incendio, siempre inminente, y el de la vista, que sufre con el parpadeo y las rápidas transiciones de luz. Están recomendados los gemelos de cristales ligeramente verdosos y la intermitencia, es decir, el no ir todos los días á imponer á los ojos violentas y prontas contracciones. Lo segundo me parece doblemente fácil que lo primero, pues á pesar de haber leído en una docta Revista lo de los vidrios teñidos de verde, no los he encontrado en el comercio, no sé que los venda nadie. Hay prescripciones científicas más malas de seguir...

Volviendo al *cine*, confesaré que las películas limitadas á reproducir espectáculos y cuadros de la naturaleza y la realidad, me gustan muchísimo. La agitación magnífica del mar, las cascadas y sábanas de los grandes ríos del Nuevo Continente, la subida de la marea, el avance y paso de un tren, los efectos de países nevados, de patinaje, de *yachting*, de otros varios deportes, donde se ve que la escena ha sido sorprendida y no preparada y ejecutada por *clowns*, mimos y acróbatas, son hasta bellos, con la sencilla é intensa belleza de la verdad. Y he aquí cómo las teorías ortodoxas de estética pueden aplicarse hasta á los cinematógrafos—y salir confirmadas.

Ha muerto el mañoso Sardou, rey de los éxitos teatrales. Sardou no era un dramaturgo desdeñable, un Comella; pero de Shakespeare andaba más lejos aún. No se ha olvidado la terrible diatriba de Zola, en la cual, después de enumerar todas las ventajas por Sardou conseguidas—fama mundial, hotel, coches, millones—á cada párrafo se repetía el estribillo: «Tiene todo esto...», pero no tiene mi estimación literaria.

Sin extremar tanto los juicios, yo no negaría á Sardou la estimación, pero sí la admiración, que no debe otorgarse á los hábiles, sino á los fuertes.

A una voz dice hoy la prensa—anticipándose con severidad á lo que puede suceder dentro de diez ó

doce años—que nada quedará en pie del teatro de Sardou. Nada, ni siquiera la graciosa y expresiva *Madame Sans Gêne*, esa *Pepa la frescachona* elevada á lo épico, con cuya historia más ó menos adulterada han conseguido tan prodigiosos llenos las compañías, no sólo de allende el Pirineo, sino hasta de aqueude.

¡Peregrinos misterios los del teatro! Dijérase que, para escribir obras dramáticas, necesitan reunirse y yacer en uno la literatura y la habilidad; pero que, apenas se han juntado, la habilidad—como los ogros de los cuentos—ha menester degollar á su compañera, y esconder su cadáver en algún gabinete de Barba azul.—Los grandes proveedores de teatro no pueden prescindir de ser algo literatos; sin embargo, la literatura, en primer término, les dañaría. Así sucedió con Scribe, y así con Sardou, opulento, célebre, universal autor.

De cierto no era un ignorante, al contrario: sus obras están fundadas en estudios y en acopio de datos muy abundantes. *Madame Sans Gêne*, *Termidor*, *El asunto de los venenos*, *Tosca*, *Fedora*, revelan un conocimiento suficiente de los períodos históricos; el conocimiento que basta para no dar notas tan ridículamente anacrónicas é inverosímiles como las que dió Cátulo Mendes en su *Santa Teresa*. Dramaturgos como Sardou se ven obligados á hacer con la erudición histórica lo que con el arte literario: servirse de ellos y relegarlos al almacén de los trastos, así que han servido. No se le exigirá nunca á Sardou la exactitud nimia, la escrupulosidad; pero él comprendió que se le exigía una apariencia de exactitud, una cáscara que revistiese á sus personajes de aspecto adecuado al momento en que nos los presenta. Y esto lo supo hacer, con destreza suma, el gran ebanista dramático, fuerte en ensambladuras, incrustaciones, labor de taracea y gracia para articular sus «muñecos».

Tampoco ha de negársele á Sardou el don de evolucionar de acto á acto, con certero instinto, previniendo la monotonía y el cansancio del espectador. Sus *fondos* son de los que ya desde el primer momento preparan al auditorio á lo que va á suceder. Todo se une para el resultado apetecido: el arte del decorador viene en auxilio del arte del dramaturgo; la indumentaria, pintoresca, entretiene tanto ó más que el diálogo. Recuérdese el obrador de plancha del primer acto de *Madame Sans Gêne*; el lavadero, el patio de la prisión, en *Termidor*; la plataforma del castillo de Santángelo, en *Tosca*. Los dramas han de desarrollarse en alguna parte, es indiscutible; el toque está en que el *fondo* se elija de manera que ya desde el primer instante determine emociones del mismo género que los sucesos que vamos á presentar. Y en esto es donde se ve la cuquería, la sagacidad de autores como Sardou.

Sin duda que el público, á tener verdadero sentido artístico, hubiese otorgado á obras teatrales como la maravillosa *Resurrección*, de Tolstoy, ó la terrible *Teresa Raquin*, de Zola, los llenos y el prolongado éxito que gozaron las «máquinas» del autor de *Termidor*. Si, eso debiera ser..., pero no es, y quizás no será nunca. Estarán siempre en minoría los que buscan en el teatro algo más que el entretenimiento. Y todavía, los que asisten al drama efectista de Sardou son superiores á los que sólo quieren en el teatro «reirse», porque «demasiados disgustos hay en la vida».

No faltaron, sin embargo, á Sardou esos contratiempos que no ha evitado ningún dramaturgo. Su primer estreno—*El bodegón de los estudiantes*—no fué sólo un fracaso, sino un pateo y silba que se oyeron á diez leguas. Por largo tiempo, este percance impidió que le admitiesen obra alguna los empresarios teatrales. Recordábase la fatídica noche—sin tomar en cuenta la conjura que provocó el escándalo—y se repetía: «¡Ah! ¡El del Bodegón! ¡Nunca!»

Y aun después que «el del Bodegón» hubo ascendido en triunfo, llevándose de calle á los públicos y embolsando cientos de miles de francos por temporada, otra obra suya, *El cocodrilo*, cayó al foso de una vez, en un acceso de mal humor repentino de «la fiera». No se encontró explicación al fenómeno, pero así sucedió, y no podía negarse que el público rechazaba al anfibio, sin apelación ni misericordia. Hoy, todos los que consagran á Sardou necrologías y conmemoran, al par que sus victorias, sus caídas teatrales, añaden esta advertencia: «Las obras que se le rechazaron á Sardou ni eran mejores ni peores que las tan aplaudidas y representadas.»

¡Oh eterna esfinge del teatro! Las nueve décimas partes de las veces, así es... Y también la ley que se aplica á Sardou—anunciando la pronta caducidad de sus obras hábiles—no falla nunca.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.